

**Del dinero no nacen tunas**

*Seudónimo: Somnoliento*

La vida de Anselmo Pérez estuvo atada a los nopales casi desde su nacimiento. Su primer encuentro con ellos ocurrió cuando tenía cinco meses de nacido, a bordo de una troca que transportaba plantas, frutas y verduras, y cuyo destino era Ciudad Juárez, Chihuahua. Por supuesto el bebé no iba sólo, viajaba con sus jóvenes e inexpertos padres, quienes, en la búsqueda de un futuro mejor, pretendían alcanzar el sueño americano migrando desde el lejano Chiapas.

Durante más de veinte horas, el desgarrador llanto del pequeño fue lo único que se escuchó, hasta que el conductor, harto de los lloriqueos del bebé, decidió dar por finalizado el viaje de la joven pareja, dejándolos a tan sólo cuatrocientos kilómetros de su destino, en un pequeño pueblo al lado de la carretera. Hasta ese momento, sentados a la deriva sin saber qué hacer, fue cuando se dieron cuenta que, sin querer, habían recostado al bebé sobre una espinosa tuna de nopal. Por suerte, las desgracias nunca vienen dobles, y en ese paisaje semidesértico y color sepia, la familia encontró una oportunidad para establecerse, luego de conseguir un pequeño techo donde vivir y una modesta paga a cambio de cuidar una granja. Y aunque el pueblo era muy pequeño y algo aislado, la pareja no tardó en acostumbrarse al estilo de vida gracias a la amabilidad de todos sus habitantes. En ese lugar ocurrió el segundo encuentro de Anselmo con los nopales.

Cierto día, una caravana de gitanos arribó a la comunidad, y con ellos una adivina que se jactaba de ser la única mujer que dominaba el arte de la adivinación a través de las cartas de la lotería. Sentado frente a ella, el pequeño Anselmo de siete años vio cómo una y otra vez, la carta del nopal aparecía ante

sus ojos. Al final, la confundida adivina sólo pudo concluir que la vida del pequeño iba a estar ligada a los nopales para siempre.

Después de muchos austeros años, los padres Anselmo lograron juntar suficiente dinero para comprar un pequeño terreno a las afueras del pueblo, en donde cimentaron una humilde casa hecha de adobe. Y aunque era mucho más pequeña que aquella que les prestaban en la granja, ahora contaban con la virtud de que esta les pertenecía enteramente. Pronto lograron cercar la pequeña propiedad, la limpiaron de todas las plantas silvestres, retiraron todas las piedras, y alejaron a todas las serpientes y demás bichos que habían anidado ahí. Lo convirtieron en un hogar para una familia.

El tercer encuentro de Anselmo con los nopales ocurrió cuando el niño comenzaba a convertirse en adolescente. En una ocasión, la madre de chico llegó a casa con una mata de nopal que le había obsequiado una ancianita que vivía en el pueblo, y en cuanto le encontró un lugar, la mujer plantó el que sería el primero de muchas generaciones de nopales. Fue en esos años, cuando al igual que el hermoso jardín de su madre, el respeto por la naturaleza creció en el interior de Anselmo. El pequeño edén verde contrastaba con el sepia del paisaje, y aunque toda clase de vegetales y plantas enverdecían y florecían, la naturaleza acaparadora de los nopales, y los pocos cuidados necesarios que requería la cactácea, hicieron que se volviera la planta preferida de su madre, quien tapizó con ellas cada espacio disponible del terreno hasta volverlo un laberíntico campo verde lleno de espinas y tunas. Convirtiéndose el lugar, sin querer, en la nopalera del pueblo.

Aunque los nopales crecían con facilidad gracias al clima árido de la región, no había muchas personas en el pueblo que se aventuraran a plantarlos en su jardín. Gracias a eso, cuando alguien quería preparar huevos con nopalitos, o nopalitos en salsa roja, o saborear unas deliciosas tunas, el lugar al que recurrían era a la nopalera. Y aunque inicialmente la madre de Anselmo se negaba a vender los frutos de su jardín, con el tiempo terminó aceptando el dinero de sus vecinos, iniciando así, un negocio del que podrían vivir enteramente.

La vida en la nopalera era feliz. Anselmo se despertaba con el canto de los gallos y salía a regar el jardín con sus padres. Gracias al amor de su madre hacia las plantas, el ahora adolescente era perfectamente capaz de preparar la tierra, sembrar y hacer crecer toda clase de frutas y verduras. Entendía cuándo debían plantarse, qué cuidados necesitaban y cómo mantener alejadas a las plagas. Conocimientos que había heredado de sus ancestros en el lejano Chiapas. Y pese a que eran el mayor enemigo para su jardín, Anselmo había desarrollado una genuina preocupación por los insectos que acudían a su oasis en el semidesértico paisaje. Su padre, un hombre más duro y realista, insistía en que era necesario acabar con todas las plagas que destruían el patrimonio familiar, mientras que su hijo, prefería buscar la manera de no permitir que entraran al jardín.

Así como añeja el vino y se engruesan los troncos, el vínculo con la naturaleza de Anselmo se volvió inquebrantable. «*¿Será por mis raíces Chapanecas? o quizá sea algo que todo ser humano tiene pero que nadie desarrolla*», se preguntaba el chico. Lo único que de lo que estaba seguro, era

de la felicidad y la plenitud que le daba oler la hierba fresca, sentir las gotas del agua en sus brazos cuando regaba las plantas, incluso de ensuciarse los pies descalzos en la fértil tierra. No necesitaba más.

Herencia de sus ancestros, generaciones y generaciones nacidas y crecidas en el corazón de la selva de Chiapas, y culturizadas en el sur de México, los padres de Anselmo le contaban toda clase de historias de seres sobrenaturales, leyendas de terror y fábulas. Pero existía una por sobre todas las demás que le encantaba, y que sería la que lo guiaría el resto de su vida; la leyenda del Copil.

Según el folklore mexicana, el nopal nace de Copil, hijo de una diosa, quien, en un intento por vengar a su madre, muere en manos de su tío luego de que este le sacara el corazón. La leyenda cuenta que fue enterrado en unos peñascos y que de ahí nació el primer nopal, con espinas de valiente guerrero y flores de un hijo que defiende a su madre. De esa historia surgió la figura mitológica del ser llamado Copil, que, según los ancestros, era un nopal viviente con forma humana, que habitaba las nopaleras más bellas y cuidadas, y de cuyo cuerpo nacían las tunas más deliciosas del mundo, capaces de curar cualquier enfermedad. La figura de este ser, se mantuvo viva en la mente de Anselmo durante las noches en vela, y cuando el sol salía, el chico inspeccionaba el patio en busca de señales de movimiento, de huellas en el piso, de algún nopal con forma humana, seguro de que su jardín era lo suficientemente bueno para albergar a este ser. Cuando se daba cuenta de que no había nada, más que

decepcionarse buscaba algo en lo que podía mejorar su huerto, y no descansaba hasta que todo quedaba perfecto.

Cuando Anselmo estaba por cumplir veinte años, su padre fue diagnosticado con cáncer, y después de catorce meses de lucha, finalmente falleció. Por primera vez en su vida, el chico conoció lo que significaba la pérdida de un ser querido, y aunque fue duro, nada lo preparó para a los que se avecinaba.

*«¿Por qué no podemos ser inmortales como el nopal? ¿Por qué no podemos arrancarnos todo lo malo y plantarnos a nosotros mismos en la tierra para crecer sanos y fuertes de nuevo?»*, se preguntaba a sí mismo durante las noches en vela. Pero no era posible, así no funciona el mundo. Poco a poco, tanto Anselmo como su madre, comenzaron a caer en una lenta depresión. Ahora el paisaje amarillo y seco en el horizonte les parecía cruel y feo, en lugar de lo hermoso que solían verlo. Ahora la belleza de su jardín que albergaba toda clase de aves y de coloridas mariposas, no les parecía más que un vulgar nido de insectos. No tardó mucho para que el huerto del que tantos años se habían enorgullecido, comenzara a secarse, y a llenarse de hierbajos y de insectos. A los dos años siguientes, la melancolía se llevó también a su madre.

Solo en el mundo, dueño de un pedazo de tierra seca y muerta, Anselmo habría muerto también de no ser por la lástima de los vecinos del pueblo, quienes por aprecio a sus fallecidos padres lo visitaban, le llevaban comida e intentaban animarlo, pero todo era en vano. Cierta noche, ahogado en su llano, con la carne pegada a los huesos y mirando las estrellas, Anselmo se despidió del mundo y

de su ya inexistente jardín. Dio gracias a la tierra, por haberle permitido alimentarse todos estos años, y por haberlo motivado a buscar la felicidad, y cerró los ojos en espera de la muerte.

Fue el sonido de algo acercándose lo que lo despertó. Sonaba lento y cansado, como si se tratara de un adulto mayor arrastrado levemente los pies. No tuvo fuerzas para levantar la cabeza y ver quién era, así que se quedó postrado con la vista borrosa y cansada mirando al cielo. Entonces lo vio, era una silueta humana que lo observaba de pie a un lado de él. No había rastro de orejas, ni de cabello. Parecía un hombre, pero definitivamente no lo era. Lo borroso de su mirada no le permitió enfocar al ser que lo contemplaba, pero supo lo que era. La criatura acercó su mano a la boca de Anselmo y le dio algo a comer. Ni volviendo a nacer olvidaría el sabor de una tuna fresca, pero esta era diferente, era la más deliciosa que había probado en su vida. Entonces no sintió nada más que paz, y aunque luchó para mantenerse despierto, finalmente descansó como nunca había descansado en su vida.

A la mañana siguiente, el chico se despertó sintiéndose como no se había sentido en años. Todo el cansancio y la pesadez se habían ido de su cuerpo, y la tristeza que lo embargaba parecía haberla vivido en un sueño lejano. Aun así, extrañaba a sus papás, pero esta vez era diferente, como si ahora algo hubiera hecho clic en su cabeza. De pronto ya no quería morir, de pronto sentía que aún tenía cosas por hacer en esta vida. Y las hizo.

Los siguientes días, Anselmo puso manos a la obra y comenzó la restauración de su jardín. Estaba decidido a darle al Copil un lugar digno de

habitar. En cuestión de días, la noticia de la milagrosa recuperación del hijo de los nopaleros se extendió por todo el pueblo, y ya sea con herramienta, comida o mano de obra, los vecinos apoyaron al joven huérfano hasta que toda la belleza del jardín había sido restaurada.

La nopalera se convirtió en el punto de encuentro de la vida y la naturaleza de la comunidad. Si necesitaban alguna planta medicinal, era ahí a donde acudían en su búsqueda, si querían verduras recién cortadas, sabían que Anselmo iba a tener. Y nunca más se fue de ahí, ni cuando contrajo matrimonio se fue, al contrario, inculcó a su esposa ese amor por la naturaleza y el cuidado de los animales que sus padres habían inculcado en él, y cuando sus hijos nacieron, también a ellos les dio esa enseñanza.

La fama del hermoso jardín de Anselmo se extendió más allá del pueblo, y cierto día, una pareja de empresarios, viendo una oportunidad de negocios en el pequeño edén del nopalero, ofrecieron una cuantiosa cantidad de dinero por él. Anselmo fue directo con su negativa respecto a la venta y les dijo las célebres palabras que se convertirían en el lema familiar, teniendo fe en que esa tierra le pertenecería a sus hijos, y a los hijos de sus hijos.

El hijo de los nopaleros murió de anciano a ochenta y cinco años rodeado de toda su familia y vecinos del pueblo. Nunca volvió a ver ni a saber nada del Copil, pero eso sí, todos los días sin falta, alguien o algo corta tunas frescas y las deja en su tumba, justo al lado del epitafio célebre que pronunció a los empresarios en aquella ocasión: *“del dinero no nacen tunas”*.